

hubo de huir ante los ataques de Offa, que también descendía de Eawa, hermano de Penda, cuyos descendientes fueron seguramente reyes vasallos en Hwycas. Beonredo, sin embargo, pudo sostenerse por algunos años contra Offa en las fronteras del Northumberland.

Esta revolución de Mercia hubiera podido favorecer al Wessex si en este no hubieran ocurrido por la misma época iguales acontecimientos. A Cuthredo, que falleció en 756, sucedió su pariente Sigebriht, que solo fué rey un año, pues sus injusticias indujeron al witan del país á destituirle formalmente y á dar el trono á otro pariente de Cynewulfo, indemnizando al destronado con el gobierno de Hampshire, consideracion inusitada en un siglo en que en tan poco se tenía la vida de los monarcas que habían caído en desagrado. Pero como Sigebriht prosiguió allí sus injusticias, llegando hasta dar muerte al ealdorman que durante tanto tiempo había permanecido á su lado, Cynewulfo salió de Hampshire, le expulsó del trono y le obligó á refugiarse en la extensa selva de Andrede, que se extendía desde Winchester por el Oeste y en dirección á Dorking. Allí cayó en manos de unos pastores de cerdos que vengaron en su persona el asesinato de su señor.

El peligro que para Offa de Mercia y Cynewulfo de Wessex constituía la existencia de sus antecesores, explica el hecho de que desde 760 no se hable de luchas entre ambos países, pues estas debieron cesar mientras aquellos no se consideraron seguros en sus dominios. Sin embargo, cuando Offa hubo fortalecido su trono «con sangrienta espada,» estuvo de su parte la preponderancia. Nada tenía que temer del Northumberland; Estanglia y Essex, si no enteramente dominados, estaban bajo su dependencia. Cuando los hestings, que según la tradición fueron por vez primera combatidos por Offa, se refugiaron probablemente en Hastings, (Sussex), esta campaña fué el preludio de un ataque contra Kent, que le proporcionó en 775 la victoria de Otanford, al Noroeste de Tunbridge. En 779 venció también, junto á Bensington (al Sudeste de Oxford), al rey de Wessex, el cual sostenía por aquel tiempo una difícil lucha contra los britanos de Cornwall y tenía un temible enemigo en su propio país en el aethelingo Cynehardo, hermano de Sigebriht, quien, en 786, tuvo ocasión de llevar á cabo su venganza.

Cynehardo supo que el rey Cynewulfo se dirigía, con poca escolta, á visitar á una querida que tenía en Merton (junto á Epsom) (?); entonces con su gente cercó la casa, sin que lo notaran los thegns que habían acompañado al monarca. Cynewulfo defendió valerosamente las entradas é hirió á su adversario, pero sucumbió ante la superioridad numérica de sus enemigos. Cuando sus hombres tuvieron noticia de lo que ocurría por los gritos de las mujeres, acudieron precipitadamente; Cynehardo les ofreció entonces que si se retiraban tranquilamente les daría dinero y les respetaría la vida, pero ellos se negaron á aceptar tales proposiciones y en vista de que no habían podido salvar á su señor, lucharon para vengarle y perecieron todos en el combate. Cynehardo no pudo saborear los resultados de su hazaña, pues al día siguiente se presentó el ealdorman Osrigo con otros thegns del difunto delante de la ciudad que albergaba al asesino. El dinero y las tierras que le fueron ofrecidas le halagaron tan poco como le atemorizaron las amenazas de que serían asesinados sus parientes que se encontraban en la ciudad referida; Osrigo y los suyos derribaron las puertas, forzaron la entrada y acuchillaron al aethelingo y á todos los suyos, menos á uno que era ahijado de Osrigo. La tradición sobre la muerte de Cynewulfo ha dado lugar á una canción popular que se encuentra en la *Crónica sajona*, y por la cual se vé que aun en aquellos tiempos de barbarie la fidelidad de los

servidores no se extinguía con la muerte sino que era considerada como un deber digno de loa. Las mas de las veces, los reyes tenían la culpa de que se faltara violentamente á este deber.

La muerte de Cynewulfo favoreció el desarrollo del Estado mercio, cuyo soberano estaba, como Ethelbaldo, convencido de su poder sobre sus vecinos, y ya en 780 se había hecho llamar rey de los mercios y de otros territorios fronterizos. Como los britanos habían despoblado con sus continuas irrupciones el territorio que se extendía al Oeste del Saverne y había sido colonizado por los megesetas anglios, Offa lo anexionó á Mercia y lo aseguró por medio de una línea de defensa llamada dique de Offa, que se extendía desde el golfo de Bristol hasta la desembocadura del Dee, y que fué, durante mucho tiempo, la frontera política que separó á Gales de Inglaterra. Por lo que se refiere al Wessex, parece que durante el reinado del sucesor de Cynewulfo, Beorhtico, que en 789 tomó por esposa á una hija de Offa, abandonó por desesperada toda rivalidad, lo cual era tanto mas prudente cuanto que precisamente durante su gobierno ocurrieron las primeras invasiones de los daneses en las costas de los sajones occidentales. También Ethelredo de Northumberland se casó, en 794, con una hija de Offa. En este mismo año mandó Offa, no se sabe por qué motivo, cortar la cabeza á Ethelredo de Estanglia, y agregó el territorio de Estanglia á su reino, y así durante los sesenta años siguientes no se habla de reyes especiales de Estanglia. Al morir Offa, en 26 de julio de 796, la mayoría de los Estados anglo-sajones estaban unidos bajo la soberanía de Mercia, cuyo apoyo buscaron y encontraron, también por aquel tiempo, los reyes de Wessex y Northumberland, únicos que conservaban su independencia.

Offa es, de todos los contemporáneos de Pepino y de Carlo-Magno, el único príncipe de Occidente que en cierto modo puede ponerse al lado de los reyes francos: Carlo-Magno le consideraba como un igual suyo. Como es de suponer, ya anteriormente existían entre los Estados anglo-sajones y el reino de los francos, relaciones políticas fortalecidas por la comunidad de Iglesia y por el tráfico mercantil, que llevaba á los frisonos y á otros alemanes del continente hasta Ruteby y York, y á los anglos y sajones al puerto de Quentawich y aun hasta Marsella, con ocasión de la gran misa de San Dionisio. A las relaciones comerciales, agregábanse el movimiento literario del siglo VIII y el interés que en la isla despertaba la misión del continente. Un abad de Britania excitó á Carlos á que la protegiera, y destruyera los templos paganos que allí existían, es decir, los de los sajones. Pero pocos indicios concretos han llegado hasta nosotros respecto de las relaciones entre ambos soberanos, sabiéndose tan solo que de Inglaterra salió Ebruino en persecución del obispo Wilfrido; que muchas décadas despues, Pepino envió presentes á Eadberto de Northumberland, y que el segundo sucesor de este, Alchredo, solicitó la amistad de Carlos. ¿Qué debía temer ni esperar el poderoso reino de los francos de los pequeños Estados anglo-sajones, en continua lucha intestina? Solo cuando Offa los reunió bajo su soberanía, fueron un factor con el cual debía contar Carlos, el cual conocía los asuntos de la isla, especialmente desde que tenía á su lado á Alcuino, primero por las noticias que este le daba, y además, por embajadas, como la de un abad franco que estuvo en Inglaterra en 786 en calidad de legado pontificio, y por la correspondencia que sostenía con el abad Gerwold de San Vaudrille, encargado de la administración de las aduanas de Quentawich, y con el mismo Offa. Estas relaciones amistosas debían robustecerse, conforme á los deseos de Carlos, con un enlace dinástico; en efecto, el rey franco pidió para

su hijo Carlos la mano de una hija de Offa, el cual no quiso consentir en el matrimonio sino con la condicion de que Berta, hija de Carlos,—la misma que fué querida del hombre de Estado franco Angilberto y madre del famoso historiador Nithard,—se casara con su hijo Egfrido. El rey franco vió en esto una injuria que vengó con un sistema mercantil prohibitivo. Offa, que por su parte tenía varios motivos para quejarse de la acogida por Carlos dispensada á algunos fugitivos ingleses, adoptó igual medida. La mediación de Alcuino, á quien, naturalmente, nada podía disgustar tanto como un rompimiento entre su antiguo y su nuevo amigo, arregló al parecer aquella tirantez de relaciones, restableciéndose entonces entre ambos soberanos la armonía. Así lo demuestran dos documentos, uno de 12 de abril del año 790, en virtud del cual Offa sancionaba el presente que un súbdito suyo había hecho á la abadía de San Dionisio, consistente en unos territorios situados cerca de Lóndres, y otro del mismo año en que el ealdorman de Sussex cedía á la misma abadía los puertos de Hastings y Perensey. Esto no obstante, no volvió á hablarse mas de los matrimonios anteriormente proyectados.

En los tiempos que siguieron, no faltaron motivos de queja, por mas que en Carlos se viera el afán de evitarlos y de no ofender á su «hermano y amigo» de Mercia. Abstúvose de interceder directamente con Offa en favor de los desterrados; prefirió facilitar á estos el regreso á su patria por medio de las promesas de los obispos anglios, y no habiendo podido conseguir su objeto, se desembarazó de ellos dirigiéndolos al papa. Habiéndose quejado el mercio de las vejaciones que sufrían sus peregrinos y comerciantes en Francia, sabemos por una carta enviada en 796 á Offa por Carlos y redactada probablemente por Alcuino, que el franco limitó sus derechos aduaneros á aquellos peregrinos que bajo la capa de peregrinación hacían negocios mercantiles, y se mostró dispuesto á garantizar á los comerciantes anglios la protección jurídica, si bien bajo la condicion de la reciprocidad. En efecto, Carlos deseaba que los anglios dieran á las túnicas que habían ofrecido al comercio, la misma longitud que desde antiguo habían tenido, y quería, al mismo tiempo, proporcionar á Offa la piedra negra, es decir, el mármol que este deseaba para construir una iglesia. A la catedral del reino de Offa, que ya había recibido por conducto de Alcuino otros presentes suyos de consideración, envió Carlos tapices preciosos, y al rey remitió un cinturón, una espada y dos capas de seda, procedente todo del botín conquistado á los avares. La hija de Offa, que era abadesa de Aethilburgo, recibió también como regalo una capa. Presentes análogos á los que recibieron los templos del reino de Offa, envió Carlos á los del Northumberland; pero estos fueron devueltos, porque, al poco tiempo, se tuvo noticia del asesinato del rey Ethelredo, lo cual, según dice Alcuino en una carta particular dirigida á Offa, indignó sobremanera al monarca franco. A los pocos meses falleció también Offa.

Un suceso memorable de aquella época fué la visita eclesiástica que el papa Adriano I mandó hacer en Inglaterra, en 786, á dos obispos italianos. Recibidos dignamente en todas partes, encontráronse, poco despues de su llegada, con Offa y Cynewulfo de Wessex, fijándose en esta entrevista los puntos sobre los cuales parecían necesarios debates y acuerdos sinodales, que fueron dilucidados en dos grandes concilios, el de Corbridge (Northumberland) para el arzobispado de York, y el de Cealchyth (Chelsea), que en 787 se celebró para el de Cantorbery. Los acuerdos de estos concilios, contenidos en veinte capítulos, se refieren en primer lugar á la fe y á la disciplina eclesiástica, pero comprenden también algunos preceptos que solo podían ser llevados á efecto por el

poder civil y que tuvieron fuerza obligatoria para todos, no solo por el voto de los obispos sino por la aceptación, como derecho del país, por los reyes allí presentes y por sus witanes. Los matrimonios con mujeres extranjeras fueron objeto de una prohibición igual á la que pesaba sobre los matrimonios entre parientes cercanos y con vírgenes consagradas al claustró. Asimismo quedaron prohibidas las prácticas que eran consideradas como signos ó restos del paganismo, tales como el tatuado del rostro, el echar suertes y el comer carne de caballo. Los asuntos mas graves fueron resueltos, en aquellos capítulos, al lado de los mas triviales; junto á los preceptos de derecho público mas importantes, que daban á los obispos la facultad de tomar parte en los banquetes regios, encontramos la prohibición de cortar la cola á los caballos, prohibición en cuyo cumplimiento se puso poco menos cuidado que en la conservación de aquella facultad episcopal.

No andará desacertado el que considere que la voluntad de Offa fué la que puso el sello á todas estas disposiciones: la verdad de este aserto se demuestra con la elevación del obispado mercio de Lichfield á arzobispado, elevación que logró Offa en el concilio de 787, en perjuicio y contra la voluntad del arzobispo de Cantorbery. La diócesis de este quedó, por tanto, limitada á Kent, Sussex, Essex y Wessex, y comprendió solamente los obispos de Rochester, Lóndres, Winchester, Selsea y Cherborne, al paso que el nuevo arzobispado abarcaba los de Hereford, Worcester, Leicester y Sidnacester, en Mercia, y los de Norfolk y Suffolk, en Estanglia. Offa justificó á los ojos del papa esta innovación con la extensión de su reino, y obtuvo para ella la sanción pontificia mediante la promesa de pagar anualmente 365 piezas de oro, es decir, una cada día, para los pobres y para las iglesias de Roma. Esta promesa ha dado origen á la equivocada versión de que el penique inglés de San Pedro (*romescot*), de creación posterior, había sido introducido por Offa. En el año 788, el obispo por él designado para ocupar aquella sede arzobispal, Higebryht, recibió el palio; este fué el primer arzobispo de Lichfield, pero también fué el último, porque despues de su muerte y de la de Offa, por los esfuerzos del de Cantorbery quedó derogada la innovación y restablecida la antigua archidiócesis.

Los contemporáneos han dejado escasas noticias acerca de Offa, noticias que no han satisfecho á los posteriores siglos, los cuales querían saber mas pormenores acerca del gran mercio, ni á los monjes del convento de San Alban, por él fundado, ni á los del de Malmesbury, por él reducido, ni al clero de Hereford, donde estaba enterrado Ethelberto, á quien había dado muerte, y que hacía allí grandes milagros. La leyenda y la poesía, la veneración y el odio llenaron los vacíos que aquellas noticias dejaron, hasta que, á mediados del siglo XIII, coleccionáronse en San Alban todos los datos existentes, formándose una biografía de Offa que en el fondo no es mas que una novela. La extraña ejecución del rey de Estanglia está convertida en un asesinato meditado con refinada perfidia por Cynedriht, esposa de Offa, y autorizado por este. Los pasos que dió el infeliz para casarse con una hija de Offa, le llevaron á caer inconscientemente en poder de la perversa reina, la cual, pocos meses despues de haber consumado su crimen, recibió el merecido castigo, pues fué secuestrada por unos bandidos que la arrojaron á un pozo, donde murió ahogada.

Alcuino hace un retrato mas favorable, é indudablemente mas justo de Offa y de su esposa, al recordar al hijo de estos, Egfrido, que en 787 fué consagrado rey colega, el ejemplo que le dieron sus padres: «Aprende de tu padre la severidad y de tu madre la dulzura: con aquella gobierna justamente al pueblo, con esta compadécete de los desgraciados; apren-

de de ambos el respeto á la religion, el consuelo en las oraciones, la caridad pródiga y la vida ordenada.» Estas cualidades, segun todas las probabilidades, se encontraban entre los reyes anglo-sajones con menos frecuencia que la aptitud guerrera, que tambien adornaba á Offa, y la lealtad para con los amigos, que Alcuino reconoce asimismo en Offa en una carta que le dirigió en el año de su muerte. Mas raras son tambien en ellos la dureza y crueldad con que procedió Offa para asegurar la sucesion de su hijo contra todos los ataques, y de las cuales nos habla tambien Alcuino, bien que despues de la muerte de aquel monarca. Si tuviéramos noticias mas precisas acerca de la legislacion de Offa, á la que se refiere el rey Alfredo en el prólogo de sus leyes, y acerca de sus esfuerzos para que «pudiera brillar en su reino la luz de la sabiduría,» veríamos mas clara la semejanza entre Offa y Carlo-Magno y la persona del primero sobresaldria mas entre los otros reyes que hasta entonces habian gobernado á los anglios y á los sajones.

Egfrido, hijo de Offa, murió en 14 de diciembre del año 796, pasando la corona, antes de Navidad, á un sobrino llamado Coenwulfo. El doble cambio de gobierno habia conmovido fuertemente la soberanía mercia por mas que no la pusiera en peligro inminente. Así, por ejemplo, los de Kent, apenas hubo Offa cerrado los ojos, proclamaron por sí y ante sí rey á Eadberto II, que llevó el sobrenombre de *Praer* «el Predicador,» porque antes habia sido sacerdote. Sea por este motivo ó porque creyera que Mercia no dejaria impune esta insurreccion, el arzobispo Ethelhardo no se adhirió á ella, antes por el contrario lanzó el entredicho sobre el sacerdote rebelde y huyó al lado de Coenwulfo, el cual dió rápida y buena cuenta de la rebelion, assolando en 798 el país de Kent y haciendo prisionero á Eadberto, á quien mandó cortar las manos y sacar los ojos. Contra su voluntad y por efecto de su impotencia hubo de sufrir Kent la soberanía extranjera y soportar el gobierno de los reyes á quienes Coenwulfo cedió los territorios sojuzgados, es decir, su hermano Cuthredo (hasta 807) y luego al hijo de este Baldredo (hasta 825). La incondicional adhesion de Ethelhardo obtuvo su recompensa, que fué la desaparicion del arzobispado de Lichfield, creado por Offa, y á la cual contribuyó hasta cierto punto el rey mercio.

Ya se supondrá que Coenwulfo no habia de renunciar fácilmente á la creacion de su gran antecesor y que sus intentos habian de ser mas bien de desarrollarla que de destruirla. Por esto pensó en reunir los dos arzobispados en uno solo, cuya residencia fuese, no Cantorbery ni Lichfield, sino Lóndres, la ciudad mas importante de su reino, ciudad que ya en 601 Gregorio el Magno, á instancias de Agustin, habia proyectado convertir en metrópoli eclesiástica de los anglios y de los sajones. Sin embargo, cuando Coenwulfo puso de esta suerte en tela de juicio la validez de la sancion pontificia dada á Lichfield, y ya por cartas, ya por conducto del rey vasallo de Essex, que se dirigió á Roma, solicitó del papa Leon III su revocacion, el resultado de sus gestiones fué para él tan inesperado como poco grato. En efecto, Ethelhardo, que acompañado de un obispo sajón occidental se encontraba en 801 en Roma, supo convencer al papa de que el privilegio concedido á Lichfield habia sido obtenido capciosamente y de que constituia una violacion de los derechos sancionados por el trascurso de los siglos y por varias disposiciones pontificias, y logró influir para que se restableciera sencillamente el antiguo estado de cosas, como así lo decretó el sínodo que en el año 803, es decir, despues de su regreso, se reunió en Clovesho. Cantorbery recobró la supremacia hasta Humber y Lichfield volvió á ser obispado sufragáneo, con gran disgusto de Coenwulfo que tuvo motivos para con-

siderarse víctima de una estratagema. No podia este monarca atacar la disposicion pontificia que habian aceptado los obispos de su reino precisamente porque de antemano habia declarado que todo cristiano debia obedecer esta clase de mandatos, pero en cambio hizo cuanto pudo para que Cantorbery no pudiera regocijarse tan pronto de su victoria. El sucesor de Ethelhardo (que habia muerto en 805), el arzobispo Wulfredo, sufrió toda clase de vejámenes y por espacio de seis años se vió privado de ejercer sus facultades, viéndose por último obligado, para gozar de cierta tranquilidad, á consentir en que se hicieran ciertos pagos y cesiones de terreno en favor del rey. Tambien el arzobispo de York tuvo motivos para quejarse de las violencias que con él cometia Coenwulfo, quizás por haber acogido á su oprimido compañero. Leon III manifestó sus temores de que Inglaterra se separase de la Santa Sede, y procuró obtener de Carlos que interviniera en aquellas cuestiones, pero no se sabe á punto fijo si así lo hizo el monarca franco.

Por lo demás, pocas noticias tenemos acerca del reinado de Coenwulfo. Antes hemos hablado ya de su tentativa para destruir, con auxilio de los fugitivos del Northumberland, la soberanía que sobre este país ejercia Eardulfo. Como al fin tuvo que reconocer la legitimidad de este, y como la expedicion que su subordinado Hwycas verificó á Wessex, en donde, en 802, habia muerto Beorhtrico y sido proclamado rey Egberto, terminó con una derrota, parece fundada la creencia de que el poder de los mercios no siguió en aumento durante el reinado de Coenwulfo. Muerto este en 821, su monarquía cayó en completa ruina. Su hijo Kenelmo, niño de siete años, fué asesinado en 17 de julio, segun se dice por su propio ayo y á instancias de su hermana, que deseaba ser reina. La corona, sin embargo, pasó al hermano de Coenwulfo, Ceolwulfo, y con este, que en 823 fué destronado y reemplazado por Beornwulfo, hombre de estirpe desconocida, se extinguió en Mercia la antigua dinastía, cuyo último vástago, Baldredo de Kent, sucumbió en 825 ante los ataques de Egberto de Wessex.

Ya en 797 Alcuino habia deplorado que casi en todas partes se hubiese extinguido la raza de los antiguos reyes, viendo, con razon, en ello una de las principales causas del trastorno general. No era debido, pues, á casualidad alguna el que la hegemonía pasara definitivamente al único Estado en el cual se mantenía, bien que en una rama incierta, la dinastía que arrancaba de la época de la emigracion y fundacion del reino.

CAPITULO IX

EGBERTO DE WESSEX Y SU FAMILIA

Tante molis erat Romanam condere gentem

Nadie menos responsable que el rey Alfredo de la muerte del rey Beorhtrico de Wessex, acaecida en el año 802. Alfredo referia á su biógrafo, Asser, que la esposa de Beorhtrico, Eadburga, hija de Offa, celosa de un favorito de su esposo, quiso deshacerse de él por medio de un veneno, y que habiendo bebido tambien Beorhtrico, perecieron ambos. Entonces la reina huyó, con sus tesoros, por mar á Francia, en donde Carlo-Magno la cedió una abadía. Su desordenada vida fué, sin embargo, causa de que tuviese que huir de nuevo, y reducida á mendigar murió en Pavia.

A Beorhtrico sucedió Egberto, abuelo de Alfredo é hijo del ethelingo Ealhundo, descendiente de Ingildo, hermano de Ine; de suerte que su genealogía podia, por este camino y al través de muchas generaciones, arrancar del propio Cerdico, fundador de la monarquía de los sajones occidentales.

Posteriormente se dijo que Egberto, perseguido por Beorhtrico, que le temia como rival, se refugió primero en los Estados de Offa, y despues, cuando este casó su hija con Beorhtrico, en los Estados de los francos. En efecto, Egberto hacia trece años que vivia en Francia cuando la muerte repentina de Beorhtrico le permitió regresar á su país y la eleccion del witan puso en sus sienes la corona.

Esto es todo cuanto se sabe de los primeros años del hombre que tan á menudo ha sido considerado como el fundador del reino de Inglaterra; igual oscuridad reina sobre las primeras décadas de su reinado, durante cuyo período solo se sabe de él que en el año 815 asoló la parte de Devon y de Cornwall, de Oriente á Occidente, territorio que todavia se encontraba en poder de los britanos, y que diez años despues luchó en Gafulford (Camelford, Cornwall) contra estos. El rey Beornwulfo de Mercia para librarles de ser completamente sojuzgados y para evitar el engrandecimiento del vecino, atacó á Egberto; pero si con esto consiguió que dejara á los britanos, en cambio sufrió una completa derrota en la batalla de Ellendun, junto á Amesbury, en Wiltshire.

Esta batalla marca un momento decisivo para la historia de Inglaterra, pues desde entonces la condicion de potencia preponderante pasó de Mercia á Wessex. Las comarcas meridionales y orientales, que durante tantos años habian sido dominadas por los mercios, aprovecharon gustosas la ocasion de cambiar de soberano. Cuando en el año 825 Egberto envió á Kent á su hijo Aethelwulfo, acompañado del obispo Ealhstan de Sherborne, cuyos servicios tantas veces habian sido utilizados para los negocios de Estado, y del ealdorman Wulfheardo, los habitantes de Kent destronaron al rey Baldredo, que les habia sido impuesto por los mercios, y proclamaron rey á Egberto, pariente de su último monarca nacional, el infeliz Eadberto Praep. Sussex, Surrey y Essex ingresaron tambien voluntariamente en su soberanía y á él acudió en demanda de apoyo contra Mercia el rey de Estanglia. En la lucha con los estanglios habian sucumbido en 825 Beornwulfo y en 827 el sucesor de este Ludecan, con cinco de sus ealdormanes; para Mercia no era ya cuestion de conservar su antigua hegemonía sobre los Estados vecinos sino de defender su propia independencia; pero esta tambien desapareció cuando Egberto arrojó del trono al nuevo rey Wiglaf. Egberto llevó acto contínuo su ejército vencedor contra el Northumberland, el cual no esperó á ser atacado sino que en cuanto supo que Egberto habia pasado la frontera, se declaró dispuesto á aceptar su soberanía. En 830 sojuzgó tambien la Gales del Norte, y entonces el antiguo nombre de Mona fué sustituido por el nombre britano de Anglesey.

Nunca hasta entonces los Estados de la isla se habian visto sujetados por tan fuerte y afortunada mano. Las tribus germanas de aquellos territorios eran ya, á los ojos de todos, un pueblo, al cual el longobardo Paulo dió por vez primera, en el siglo VIII, el nombre de anglo sajones (*anglisaxones*) (1). Aquel país comenzó entonces á constituir paulatinamente un conjunto homogéneo y no llevó el nombre del pueblo sajón vencedor sino el de Inglaterra (Anglia), por ser la raza de los anglios la mas numerosa y la que hasta entonces habia tenido la supremacia. Sin embargo, así como Egberto en vez de llamarse rey de los anglios ó de los ingleses se denominó rey de Wessex, del mismo modo aquellos territorios que bajo su dominacion habia reunido, distaban mucho de ser un reino regido y administrado unitariamente. Los britanos de Cornwall fueron anexionados al Wessex, pues su independencia solo era posible mientras Wessex se viese amenazado por Mercia; en cambio, los estanglios, que voluntariamente se

habian puesto bajo el amparo de Egberto, conservaron su rey, y en el Northumberland pudieron seguir gobernando el hijo de Eardulfo, Eauredo, y despues de este su hijo Ethelredo II. Wiglaf, que habia sido arrojado de Mercia, recibió en 830, de manos de «su señor» Egberto, este reino, y los príncipes de la Gales septentrional que se sometieron, conservaron sus territorios. Egberto no conservó bajo su inmediata soberanía los reinos de Kent, Sussex y Essex haciéndolos provincias de Wessex, gobernadas por ealdormanes, sino que puso en ellos un rey en la persona de su propio hijo.

Como se ve, la intencion de Egberto no era fundar una monarquía unitaria sino conseguir aquella Bretwalidia de los pasados siglos, diferenciándose la suya, que al decir de la *Crónica sajona* fué la octava, de la soberanía de los Bretwaldas anteriores únicamente en que comprendió por vez primera á todos los anglios y sajones y en que tenia en la soberanía sajona-kentica un centro difícil de destruir.

La cuestion principal era si esta monarquía suprema de Egberto seria mas duradera que las antiguas Bretwaldias y si constituiria algo mas que un punto de parada en los eternos cambios de que hasta entonces estaban llenas las páginas de



Corona de oro de Ethelwulfo

la historia inglesa. La solucion afirmativa de esta cuestion fué favorecida en las siguientes generaciones por dos circunstancias: la extincion de las antiguas dinastías en los demás países, que exigió la sumision á la soberanía sajona, y los ataques cada vez mas frecuentes y enérgicos de los daneses, que la hicieron indispensable.

Casi cuatro décadas habian trascurrido desde la destruccion de Lindisfarne y de Jarrow sin que los *paganos*, denominacion que daban los anglo-sajones á los piratas de Oriente y del Norte, hubiesen parecido por las costas de Inglaterra. Durante este período, habian invadido la Irlanda, donde se presentaron por vez primera en 795, y en 805 por segunda. Desde entonces, habian inferido profundas heridas á la floreciente vida religiosa de la isla, vida que el monje autor del prólogo al Martirologio de Oengus celebraba todavia durante el curso del siglo con frases de entusiasmo (2). Entonces se trataba de oponer á lo pasajero de las cosas mundanas la persistencia de la Iglesia; Ailill, rey de Connaught, que en algun tiempo llegó á reunir á su alrededor á todos los guerreros de Irlanda, habia muerto, y su capital Cruachan habia sido enteramente destruida; pero oíanse todavia los coros de los monjes en Cluain-Mac-Nois. Tara, antigua residencia de los reyes irlandeses, yacia en ruinas; pero Armagh continuaba habitada por los adalides de las verdaderas creencias. Todo, sin embargo, cambió desde entonces: aquel convento y Armagh sufrieron, en 816 y 832 respectivamente, el primer saqueo de los paganos; el obispo de Armagh

(2) Véase d'Arbois de Jubainville en la *Revue critique*, 1881, página 186, sobre este Martirologio que Whitley Stokes publicó en *The transactions of the R. Irish Academy. Irish manuscript series*, vol. 1, parte primera (Dublin, 1880).

(1) *Hist. Longobard.*, IV, 22, y VI, 15.